

San Gregorio Magno

I. Hermanos carísimos, constando a todos que nuestro Redentor vino al mundo para redimir también a los gentiles y puesto que estamos viendo llamar todos los días a los samaritanos para que vengan a la fe, ¿cómo es que, cuando envía a sus discípulos a predicar, dice: *No vayáis a tierra de gentiles ni entréis tampoco en poblaciones de samaritanos. Mas id antes en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel*, sino por lo que colegimos de su definitivo proceder?; esto es: porque quiso que se predicara primero a sola la Judea. y después a todas las gentes, para que cuando aquella (Judea), llamada, no quisiera convertirse, los santos predicadores vinieran después a llamar a los gentiles, de suerte que, una vez rechazada la predicación de nuestro Redentor por los propios, buscara a los pueblos gentiles, como a extraños, y lo que se hacía para prueba de los judíos sirviera de aumento de gracia para los gentiles, pues a la sazón había quienes de entre los judíos deberían ser llamados y quienes de entre los gentiles deberían no ser llamados.

En efecto, leemos en los hechos de los Apóstoles (2) que, predicando Pedro, primeramente creyeron tres mil hebreos y después cinco mil. Asimismo (16), habiendo querido ir los apóstoles a predicar en Asia a los gentiles, se refiere que el Espíritu Santo se lo prohibió; y, con todo, el mismo Espíritu, que primero prohibió la predicación, la difundió después en los corazones de los asiáticos, pues hace ya mucho tiempo que ha creído toda el Asia. De manera que primero prohibió lo que después hizo, precisamente porque en aquella sazón vivían allí los que no habían de salvarse; vivían entonces allí los que no merecían ser restaurados para la vida ni tampoco ser más gravemente juzgados por haber despreciado la predicación.

Luego, por un sutil y oculto juicio, a algunos se les priva de la sagrada predicación, porque no merecen ser movidos de la gracia. Por lo cual, hermanos carísimos, es necesario que en todas nuestras obras temamos los ocultos designios de Dios omnipotente sobre nosotros, no sea que, mientras nuestra alma, derramada exteriormente, no se aparta de lo que le place, el juez disponga interiormente contra ella terribles adversidades.

Considerando bien esto, el Salmista dice (Ps, 65,5): *Venid a contemplar las obras de Dios y cuán terribles son sus designios sobre los hijos de los hombres*. Porque vió que uno es llamado misericordiosamente, al paso que otro es justamente rechazado; y porque el Señor dispone unas cosas perdonando y otras enojándose, le llenó de pavor esto que no pudo comprender, y, por eso, al que vió, no sólo incomprensible, sino también inflexible en algunas de sus disposiciones, le mencionó terrible en sus designios.

2. Pero oigamos qué es lo que se manda a los predicadores que fueron enviados: *Id y predicad, diciendo que se acerca el reino de Dios*. Esto, hermanos míos, aunque el Evangelio lo callara, hartó lo pregonó el mundo,

ya que sus ruinas son sus voces; porque él, que, quebrantado con tantos golpes, ha caído de su gloria, ya nos presenta como cercano el reino venidero, ya resulta amargo a los mismos que le aman; sus mismas ruinas publican que no se le debe amar.

Ahora bien, si cualquiera huiría de su casa cuando ésta, desplomada, amenazase ruina, y aun se apresuraría a apartar de ella al que amara y que en ella permaneciera, es consiguiente que, cuando el mundo se arruina y nosotros, por amarte, nos adherimos a él, más bien que habitar queremos ser aplastados, ya que no hay razón alguna que aparte de su ruina a los que por las pasiones tiene prendidos su amor.

Fácil es, por tanto, apartar nuestro corazón de su amor ahora, cuando vemos todo destruido; mucho más difícil fue en aquel tiempo en que ellos eran enviados a predicar el invisible reino de los cielos, cuando por todas partes velan prosperar los reinados de la tierra. Por lo cual se agregó a los santos predicadores el hacer milagros, para que el poder que ostentaban acreditara sus palabras e hicieran cosas nuevas los que predicaran cosas nuevas, según lo que se añade en esta lección: Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios.

Cuando el mundo estaba floreciente y creciendo el género humano, perdurando largo tiempo en este mundo la vida del hombre y en abundancia los bienes de la tierra, ¿quién, al oírlo, creyera que había otra vida? ¿Quién preferiría lo invisible a las cosas visibles? Pero ante los enfermos que tornaban a la salud, y los muertos que resucitaban a la vida, y los leprosos que recibían la purificación de sus carnes, y los libertados del poder de los inmundos espíritus de los demonios, a vista de tantos milagros realizados, ¿quién no creería lo que oyera decir de cosas invisibles?

En efecto, para esto brillan los milagros visibles, para atraer a la fe de las cosas invisibles los corazones de los que los ven; para que, por estas cosas admirables que se ven exteriormente, se llegue a comprender que lo que hay interiormente es mucho más admirable.

También por eso, ahora, cuando ha crecido la multitud de fieles, hay dentro de la Iglesia muchos que siguen el camino de las virtudes, pero no ostentan los milagros de las virtudes, porque es inútil mostrar al exterior el milagro cuando en el interior falta el motivo para obrarle; pues, conforme a lo que dice el Doctor de las Gentes (I Cor. 14,22), el don de lenguas es una señal, no para los fieles, sino para los infieles.

De ahí que el mismo egregio Predicador, a Eutico, que se quedó dormido mientras el sermón y se cayó de la ventana y quedó totalmente muerto (Hch. 20,9), con sus oraciones le resucitó a presencia de todos los infieles; y habiendo arribado a Melita (Malta) y sabiendo que la isla toda era de infieles, orando curó al padre de Publio, atacado de fiebres y disenteria (Hch. 28), En cambio, a Timoteo, compañero suyo de peregrinación y coadjutor en la sagrada predicación, el cual padecía debilidad de estómago, no le curó con

palabras, sino que le confortó con remedio medicinal, diciendo (I Tim. 5,23): *Usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades.*

¿Por qué, pues, no fortalece a su compañero enfermo valiéndose de la oración, él, que a un enfermo infiel y muerto, según creemos, salvó con sólo orar? Sin duda porque aquel, que no estaba todavía interiormente vivo debía ser sanado interiormente por un milagro, para que, por lo que mostraba al exterior, la virtud interior le animara a la vida interior. En cambio, no era menester mostrar signos externos al fiel compañero enfermo, que ya vivía saludablemente en su interior.

4. Oigamos ahora qué es lo que, después de conceder la potestad de predicar y de hacer milagros, agrega nuestro Redentor: *Dad graciosamente lo que graciosamente habéis recibido.* Porque sabía de antemano que el don, recibido del Espíritu Santo, habían de utilizarle algunos torcidamente, esto es, para negociar con él, y que el poder de hacer milagros le habían de emplear en fomento de la avaricia (que para eso Simón Mago, al ver los milagros obrados por la imposición de manos, quiso comprar con dinero el don del Espíritu Santo, a saber, para vender peor lo que malamente habría comprado: Hch. 8). Por eso nuestro Redentor, con un látigo, hecho de cordeles, arrojó del templo a las turbas y lanzó por el suelo los tenderetes de los que vendían palomas (Jn. 2); pues vender las palomas significa dar la imposición de manos, recibida del Espíritu Santo no por mérito de la vida, sino por granjería.

Pero hay algunos que, cierto es, no reciben por la ordenación recompensa de dinero y, sin embargo, conceden los sagrados órdenes a cambio de favores humanos, y que buscan por esa donación tan sólo recompensa de alabanzas. Estos, sin duda, no dan graciosamente lo que graciosamente han recibido, porque esperan la moneda del favor a cambio del ministerio santo otorgado.

Acerca de lo cual el profeta (Is. 33,15), describiendo al varón justo, dice rectamente: *Tiene limpias sus manos de todo soborno.* No dice: Tiene limpias sus manos del soborno, sino que agrega *de todo soborno*; porque una es la recompensa en obsequios, otra la recompensa a la mano, y otra la recompensa de la lengua. Recompensa en obsequios es prestar una sujeción indebida; recompensa a la mano es el dinero; recompensa de la lengua es la alabanza. Por consiguiente, quien otorga los sagrados órdenes, entonces tiene las manos limpias de todo soborno cuando por las cosas divinas no demanda, no ya dinero alguno, pero ni gratitud humana alguna.

5. Ahora bien, hermanos carísimos, vosotros, los seglares, ya que conocéis lo que atañe a nosotros, volved la reflexión a lo que a vosotros se refiere. Servíos gratis mutuamente en todas las cosas. No queráis por vuestras buenas obras recompensa en este mundo, que ya estáis viendo cuán rápidamente desaparece. Así como procuráis ocultar lo malo que hacéis para que los otros no lo vean, guardaos asimismo de hacer ostentación de vuestras buenas obras para que los hombres las alaben. En modo alguno obréis el mal, pero tampoco el bien por la recompensa temporal. Buscad por

testigo de vuestras obras al mismo que tenéis por juez; vea El que ahora vuestras buenas obras están ocultas, para que las ponga de manifiesto al tiempo de la retribución. Así como procuráis alimento al cuerpo para que no desfallezca, sean también alimento diario de vuestras almas las buenas obras; el cuerpo se nutre con el alimento; aliméntese el espíritu con la obra piadosa; lo que concedéis a la carne, que ha de perecer, no lo neguéis al alma, que ha de triunfar para siempre.

Pues si, cuando un repentino incendio devora una casa, su dueño, quienquiera que sea, pone en salvo todo lo que pudiere y huye y tiene por ganancia lo que libra consigo del fuego, ved que la llama de las tribulaciones abrasa a este mundo y todas las cosas de él, que parecían preciosas, el fin próximo, como fuego, las devasta ya. Tened, pues, hermanos carísimos, por la mayor ganancia si lleváis con vosotros algo de él; si, huyendo de él, lleváis algo; si lo que permaneciendo en él podía perecer, dándolo lo guardáis para vuestra recompensa eterna. En verdad perdemos todo lo terreno conservándolo; pero, empleándolo bien, lo conservamos.

Velozmente pasa el tiempo; por tanto, ya que con grande instancia somos impelidos a ver muy pronto a nuestro juez, dispongámonos apresurados, con buenas obras, para llegar a El por la gracia de nuestro Señor Jesucristo.